

Una somnisa intergaláctica

¿Las estrellas no os parecen preciosas?, suspendidas en un eterno vacío sin nada de lo que preocuparse, son fascinantes, porque su brillo las brinda un esplendor incomparable, y sobre todo si se rodean de planetas, como el sol, al rodearse de astros que no lucen el sol tiene un esplendor especial cargado de un orgulloso egocentrismo.

Soy Lola, la mejor astronauta de la galaxia, pero de momento solo soy Lola, desde pequeña siempre he querido ser astronauta, siempre miraba a las estrellas con ilusión, algún día llegare a estar tan cerca de ellas que podré susurrarlas mis secretos.

Mis padres dicen que soy demasiado soñadora para mi edad, pero yo creo que todos los niños de 7 años suelen tener ideas transeúntes sobre lo que quieren ser de mayor.

-Mamaaaaaaaaaaaaaá, ya estoy en casaaaaaaaaaaaaaa-

-Hola estrellitaaaa,- mi madre siempre me llama estrellita, es bastante mono- ¿cómo te ha ido?- dijo mirando a mi fatigado padre, el cual estaba incluso enojado con la persistencia y pesadez de la emoción que tenía de ir mañana a una excursión del cole.

- Bien, pero el día se me ha hecho muy largo y eterno, no puedo soportar la espera quiero ir allí ya.

-Se nota que quieres ser astronauta, nunca te había visto tan emocionada, ni siquiera cuando te regalamos el telescopio-Mi padre tenía la voz tan grave que llega a ser unos decibelios más baja, y podría ser un ultrasonido, cuando me llama parece que me está llamando desde ultratumba-.

-Venga estrellita, pon la mesa que ya vamos a comer-

Tan rápido como gira la luna puse la mesa, como si el tiempo fuera a pasar más rápido.

-Cuidado Lola, que el plato quema, no lo tomes muy depr...

-¡Aaahhhh!, como quema, ¿pod qué no me habiad avidado anted?- dije mientras hacía bruscos

aspavientos hacia mi abrasada lengua.

-No lo sé hija, no tengo remedio, que torpe soy- Dijo mi padre en un tono burlón mientras mi madre escondía su risa.

Me comí el puré a una velocidad de años luz, en cambio cuando llegó el bistec de ternera me tomé con suma calma y delicadeza para disfrutar uno de mis manjares preferidos. Mientras disfrutaba mi comida mi madre se puso a traer el postre, es lo único que prepara, es una repostera de primera pero a lo que cocinar se respecta mi padre es bastante mejor, mientras él me miró fijamente y con un tono muy formal e incluso profesional me dijo:

-Hija, se que estas muy emocionada con ir a la excursión de mañana, por eso queremos que te portes bien.

Mañana es el día que llevo esperando muchísimo tiempo, más concretamente dos meses, me voy a un centro de preparación para astronautas, por fin podré ver en primera fila todas mis ilusiones y sueños, delante de mis narices, es lo que toda mi vida he esperado, es el momento, ideal, es lo mejor que me podía pasar, es, es... es la hora de cenar.

Salmón ahumado, mi pescado favorito, estaba claro que mis padres querían darme energía para la excursión de mañana, ni siquiera sé si me podré dormir, estoy ansiosa de ir.

-¡Hija, te estamos hablando!

-Perdón mamá, creo que ya sabes lo que me pasa.

-Sí, y te estábamos hablando de eso, ya te lo habrá dicho tu padre, pero yo también te lo digo, quiero que te portes bien, tanto tu padre- el cual estaba demostrando su conformidad con un ligero gesto de la cabeza hacia arriba y viceversa- como tú y yo sabemos que eso es muy complicado, por no decir imposible, pero tienes que portarte bien.-Mi madre me estaba hablando con un sosegado y comprensivo tono de voz, siempre hemos tenido mucha conexión y sabía que no podría estarme quieta teniendo mi razón de vida delante de mis narices.

-Vale mamá.

La cena se me hizo eterna aun teniendo varias de mis comidas favoritas en el plato.

Vale, ha llegado el momento de dormir, será más fácil si cierro los ojos y no lo pienso, contare ovejas, una oveja, dos ovejas, tres ovetas, cuatro ometas, cinco cometas, seis cometas.

-¡Aagghhh! No consigo dormirme.

-No des esos gritos estrellita, tienes que descansar, no te puedes dormir ¿verdad?

-Has dado en el clavo, no puedo cerrar los ojos sin imaginarme dando un largo paseo por la Vía Láctea junto al Sol.

-Y que tal si te canto una nana, tan buena que te parecerá de otro planeta- Dijo haciéndome un risueño guiño.

-¡Sí! Por favor.

-Había una vez una joven estrella

Quería caminar, correr, saltar

Quería reír, sentir y llorar

¿Qué va a ser de una feliz luz como ella?

Me dormí del tirón, me repitió una y otra vez la misma nana, al menos 4 veces, las que yo escuché.

Llegó el día, cuando mi madre me despertó y me encendió la luz salí con la velocidad de un cañón hacia el armario, me vestí con mis mejores galas, y lo hice tan rápido que cualquiera habría pensado que me dormí la ropa puesta.

-Papá, papá, papá, papá, vámonos ya, vamos rápido, vamos, vamos.

-¿Has desayunado ya?

-Esto, pues... puedes tomártelo con un poco de calma, tienes que desayunar, ya sabes, ¿verdad?

-Vete a desayunar anda.

-¡Voy!- dije corriendo rapidísimo.

Me bebi la leche enseguida y me dirigí hacia el sitio que utilizaba mi padre para ver el

periódico, me preguntó si había terminado mi desayuno y dada mi confirmación con un ansioso movimiento de cabeza nos dirigimos hacia la puerta.

Una vez dentro del coche me puse a cortarle a mi padre lo emocionada que estaba, ojalá todos los días fueran como este.

Cuando la maestra nos puso en una clásica e infantil fila india entramos al centro, era aun más impresionante de lo que había soñado, a un lado Marte al otro Saturno y allá a su frente Neptuno, había carteleras que señalaban la dirección de los planetas, la maestra se puso a explicar cómo es que los planetas giraban alrededor del Sol, pero yo no me di ni cuenta por la estupefacción que sentí al ver una cabina expuesta al público, era el futuro de la operación BepiColombo, una misión con finalidad de aterrizar en Mercurio, sin duda alguna mi planeta favorito, el perrito faldero de mis sueños, el Sol.

Casi inconscientemente entre en la cabina, y tomé los mandos de la nave, no pude resistirme, al sentir el universo entre mis dedos, supe que esa nave tenía que ser mía, era mi destino, las estrellas me lo rogaban, la Luna lloraba de la felicidad, el Sol se llenó de un caluroso orgullo, todos los planetas aclamaban mi nombre, sentí el abrazo de las nebulosas, de repente algo frío y abrumador me agarró del hombro, cuando conseguí salir de mi imaginaria odisea, conseguí visualizar el aliviado y a su vez enojado rostro de mi profesora.

La angustia de mi desaparición se notaba en la presión de su mano y en el riguroso destello de sus ojos, era evidente que la apabullante situación le sobrepasó.

Con la sobreprotección de un pastor a sus ovejas, me dirigió hacia el resto de su rebaño, y tras pregonar que ya era la hora de ir a casa me dijo que mis padres van a recibir una llamada informativa, que les explique lo sucedido.

Ya en el coche mi padre me preguntó cómo me fue, a lo que le conteste:

-¡Ha sido el mejor día de mi vida!

Cuando crucé la puerta de casa vi a mi madre con una amistosa mirada con un ligero tono de ira, estaba claro que la llamada ya había sido realizada.

Me acerqué a ella cargada de felicidad pero con una sutil timidez.

-Hija, me ha llamado tu profesora, no puedes alejarte así del grupo, sé que te encontró a los mandos de una cabina con una sonrisa de oreja a oreja.

-Lo sé mamá, pero tú también sabes que no había forma de evitar de que hiciera algo así, esa nave tenía mi nombre grabado, no volverá a ocurrir.

-Eso espero, y a todo esto, ¿cómo te fue?

-Pues veras mamá, he sentido el universo entre mis dedos y...

Miguel Rodríguez Huete (2º A ESO)